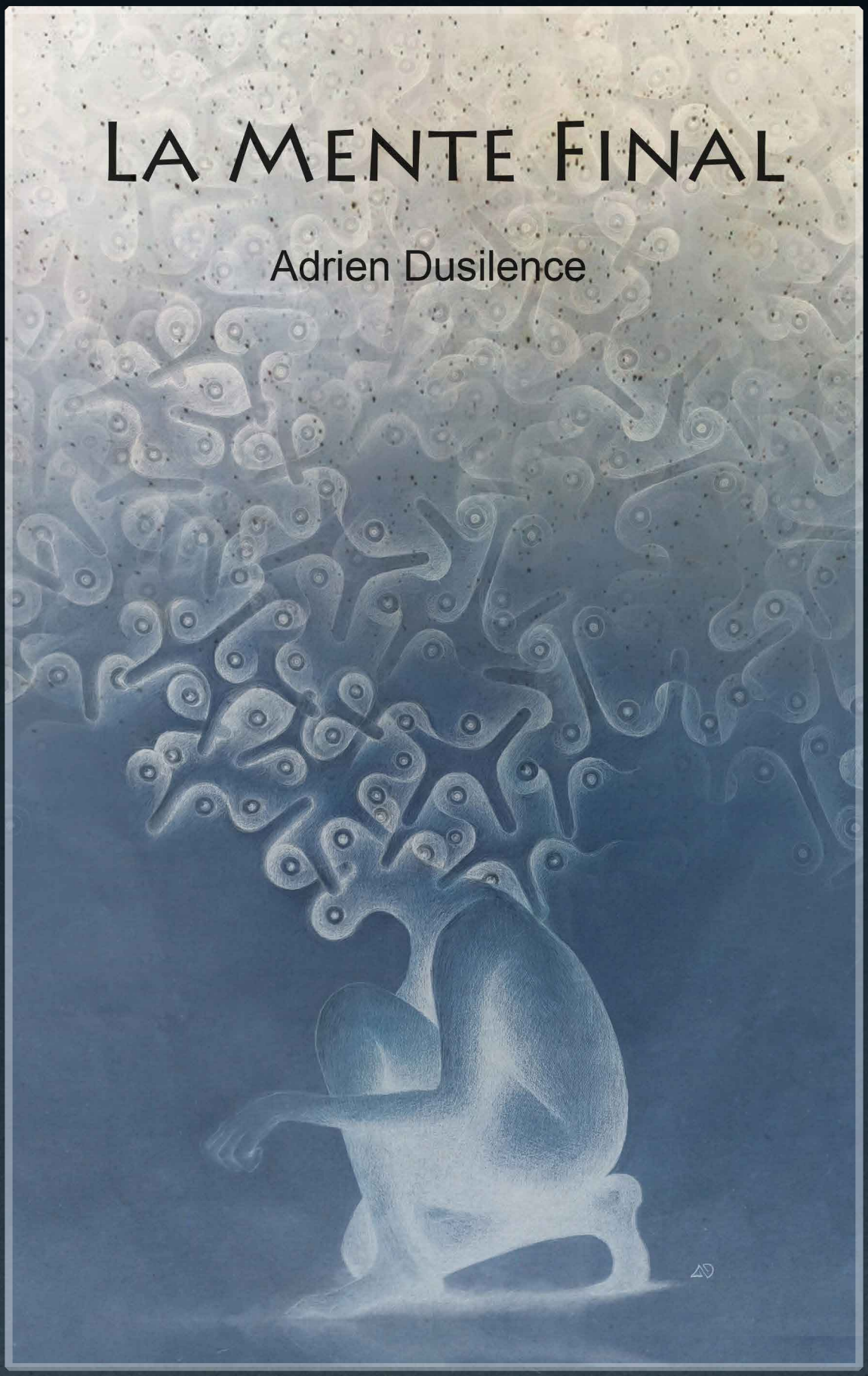
La Mente Final

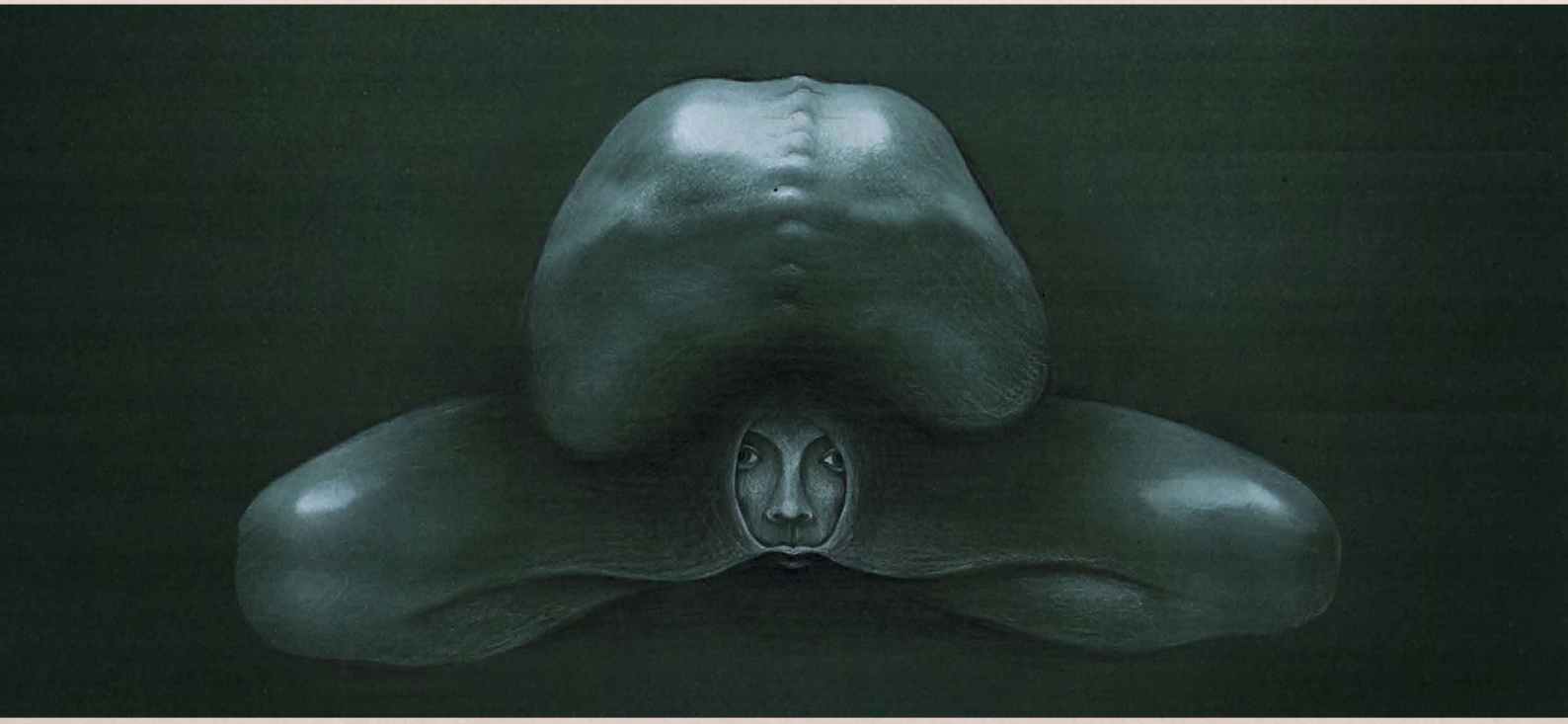
Adrien Dusilence



Prólogo

La sociedad reduce a las personas ingresadas en hospitales psiquiátricos a un diagnóstico, a una etiqueta: “esquizofrenia”.

Pero ¿y si os dijera que este extremo sufrimiento, esta herida mental, este agujero abierto en el alma…



es, precisamente, una grieta que se ha generado violentamente en la conciencia para dejar pasar un fino hilo de luz?

Una luz divina.



Poco importa cómo decidamos llamar a ese sentir mistico: luz sagrada, identidad universal de la vida, realidad trascendental, Dios, ...

Porque quizá la realidad última no pueda explicarse mediante palabras, sino únicamente a través de las interpretaciones culturales que construimos para intentar comprenderla.

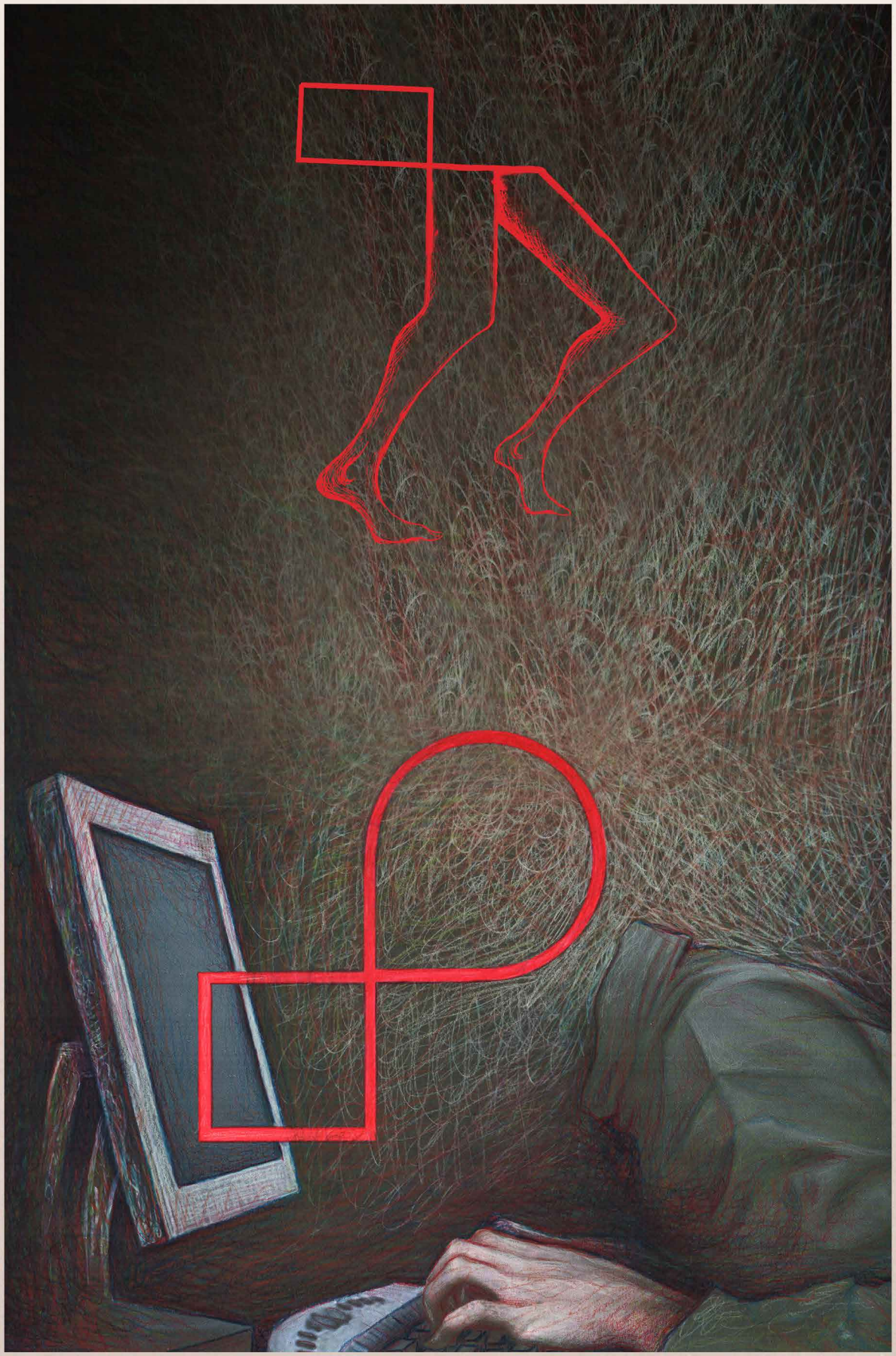
Asi que tanto “Dios” como un psicótico contemplan a la humanidad de la misma manera:

Como una máquina que se expresa mediante emociones mecánicas: La tristeza, la alegría, el enfado, …

incluso las conversaciones y las interacciones cotidianas pueden adquirir la apariencia de una representación teatral: un absurdo espectáculo de televisión, superficial y carente de sentido.

Hay miles de historias oscuras construidas alrededor de estos estados mentales alterados. Pero, irónicamente, muchas de ellas nacen precisamente del rechazo que estas personas sufrieron por parte de los demás.

Fueron apartadas, aisladas y convertidas en protagonistas de relatos sombríos simplemente porque su manera de percibir, sentir y relacionarse con el mundo era considerada irracional, caótica o emocionalmente desbordada.



Cuando dejas de sentir las cosas como una máquina, la humanidad interactúa contigo como los agentes Smith en Matrix.

Es como si de alguna manera, Dios intentara comunicarse con nosotros. Como si tratara de decirnos algo.

Y nosotros, generación tras generación, no hubiéramos dejado de rechazarlo. Lo llevamos ante un exorcista. Lo condenamos. Lo quemamos en la hoguera. Lo encerramos. Lo sometimos a electrochoques. Lo convertimos en un diagnóstico.

Y hoy lo medicamos para devolverlo a una realidad que podamos comprender, controlar y reconocer.

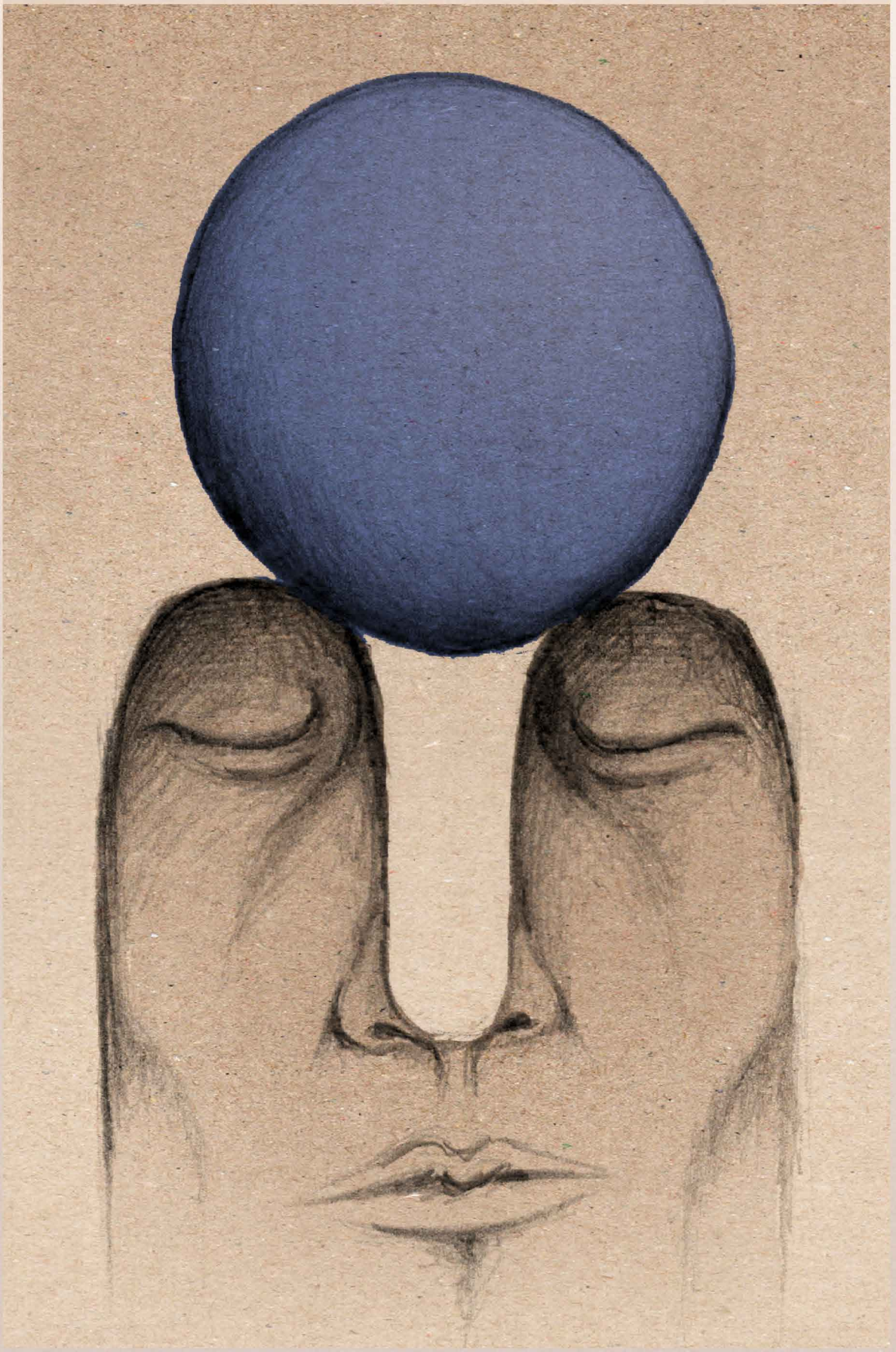
Quizá la pregunta sea entonces mucho más incómoda:

¿Qué ocurre cuando la mente deja de comportarse como una máquina programada para percibir la realidad de una manera determinada?

Cuando la estructura habitual de la conciencia se altera, también puede alterarse radicalmente la forma en que experimentamos el mundo.

Y entonces aparece una paradoja:

Aquellos a quienes llamamos “enfermos” pueden sentir que, por primera vez, han dejado de comportarse como robots. Que han dejado de interpretar el papel que la sociedad o la vida les había asignado.



Aunque esa relación trascendental entre la esquizofrenia y la divinidad de la conciencia permanece envuelta en una profunda ambigüedad.

Por ejemplo, la capacidad de visualización del ser humano está extraordinariamente desarrollada. En ciertas tradiciones contemplativas tibetanas, algunos monjes practican durante años técnicas de meditación en las que visualizan intensamente un fuego interior, una práctica conocida como tummo.

Existen relatos y estudios sobre practicantes capaces de generar un aumento considerable de la temperatura corporal, hasta el punto de llegar a secar tejidos húmedos colocados sobre su cuerpo en condiciones de frío extremo.

La cuestión no es simplemente si existe un “poder sobrenatural”, sino algo quizá todavía más fascinante: hasta qué punto una representación mental puede modificar nuestra experiencia y nuestra propia biología.

Y quizá por eso encontramos personas que se curan de enfermedades incurables con la fe o otras que visualizan precencias divinas.

La capacidad humana de imaginar, creer y modificar su biologia es, en sí misma, algo verdaderamente impresionante.



Pero hay algo que no termina de encajar.

Los milagros que aparecen en las tradiciones religiosas suelen llegar acompañados de un relato. Se leen en un libro. Se enseñan. Se interpretan. Cada individuo recibe una determinada imagen de Dios y, a través de la cultura, aprende a reconocerla y reproducirla en su interior.

Pero ¿qué ocurre con la experiencia de lo divino que emerge durante un sufrimiento psicótico extremo?

Ahí parece existir una diferencia fundamental.

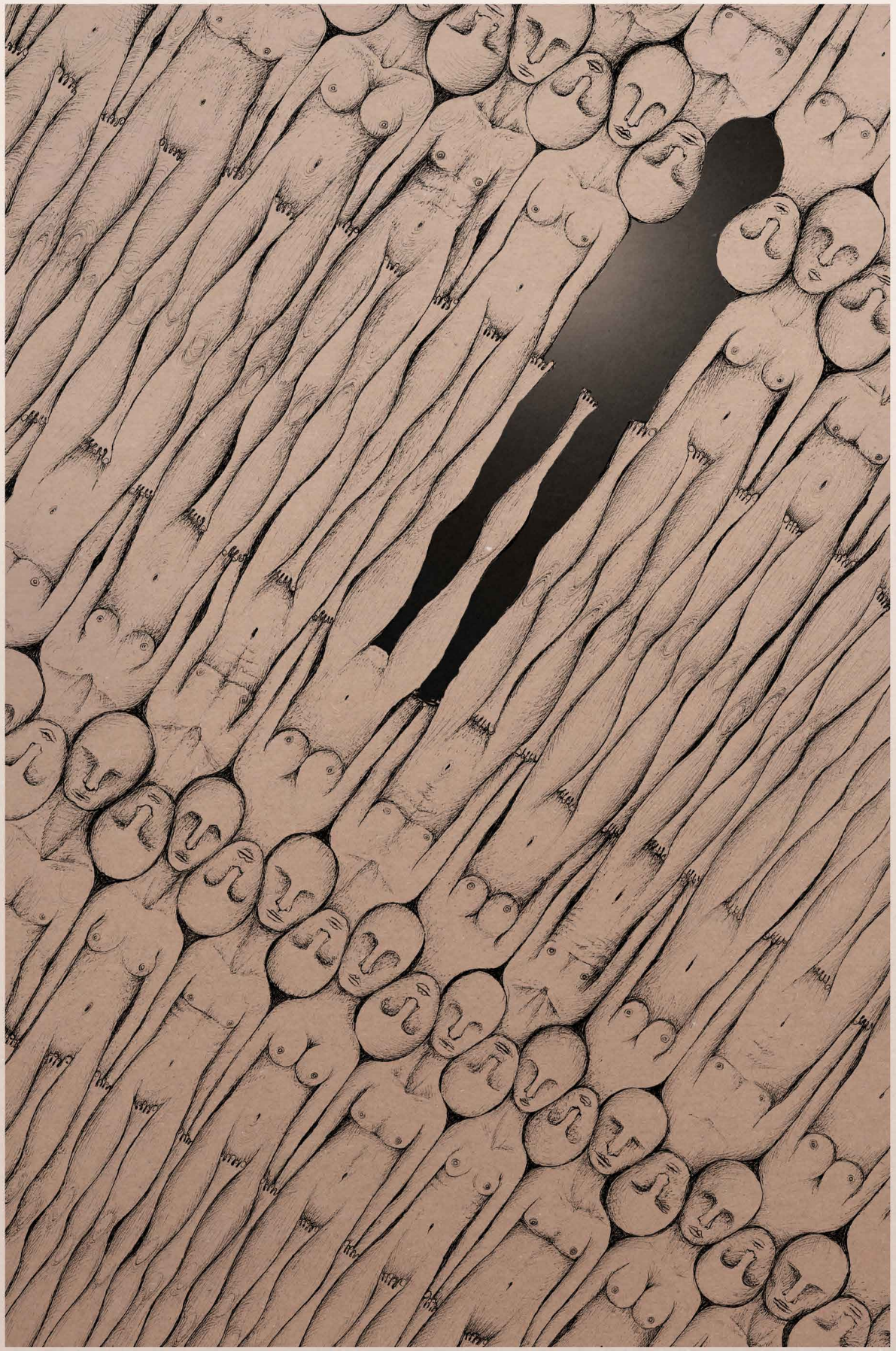
No necesariamente se trata de algo que la persona haya aprendido. No es una imagen que alguien le haya enseñado. No es necesariamente una historia que haya leído. Es, para quien lo experimenta, un sentir que aparece desde dentro: profundo, inmediato, absoluto y universal. Y comienzan a experimentar algo que sienten como una forma más desnuda, más brutal y más profunda de humanidad.

Qué irónico resulta, entonces, contemplar cómo una etiqueta como "**enfermo**" podría transformarse, desde otra perspectiva, en la de "**eterno**".

De "enfermedad mental" a "eternidad moral".
Las "**víctimas**" se transforman en "**victorias**".

Y ahí es cuando los hospitales psiquiátricos se convierten en templos y sus enfermos, en profetas.

Fin del prologo. Comencemos, pues, con esta obra de ficción filosófica, concebida como un diálogo filosófico disfrazado de narrativa.



La Mente Final

Y así es como comienza la historia de Ayawa y Omloc.

Aunque se llamen así, en realidad podrían llamarse de cualquier manera. Sus nombres son únicamente símbolos, porque ambos encarnan personalidades universales.

Ayawa representa la sensibilidad, la empatía, la emoción y el corazón.

La naturaleza lo mantendrá siempre prisionero de su perfecta armonía: cautivo de las emociones, de los sentimientos y de todo aquello que lo rodea. Siente demasiado. Percibe demasiado. Todo lo que existe a su alrededor parece atravesarlo.

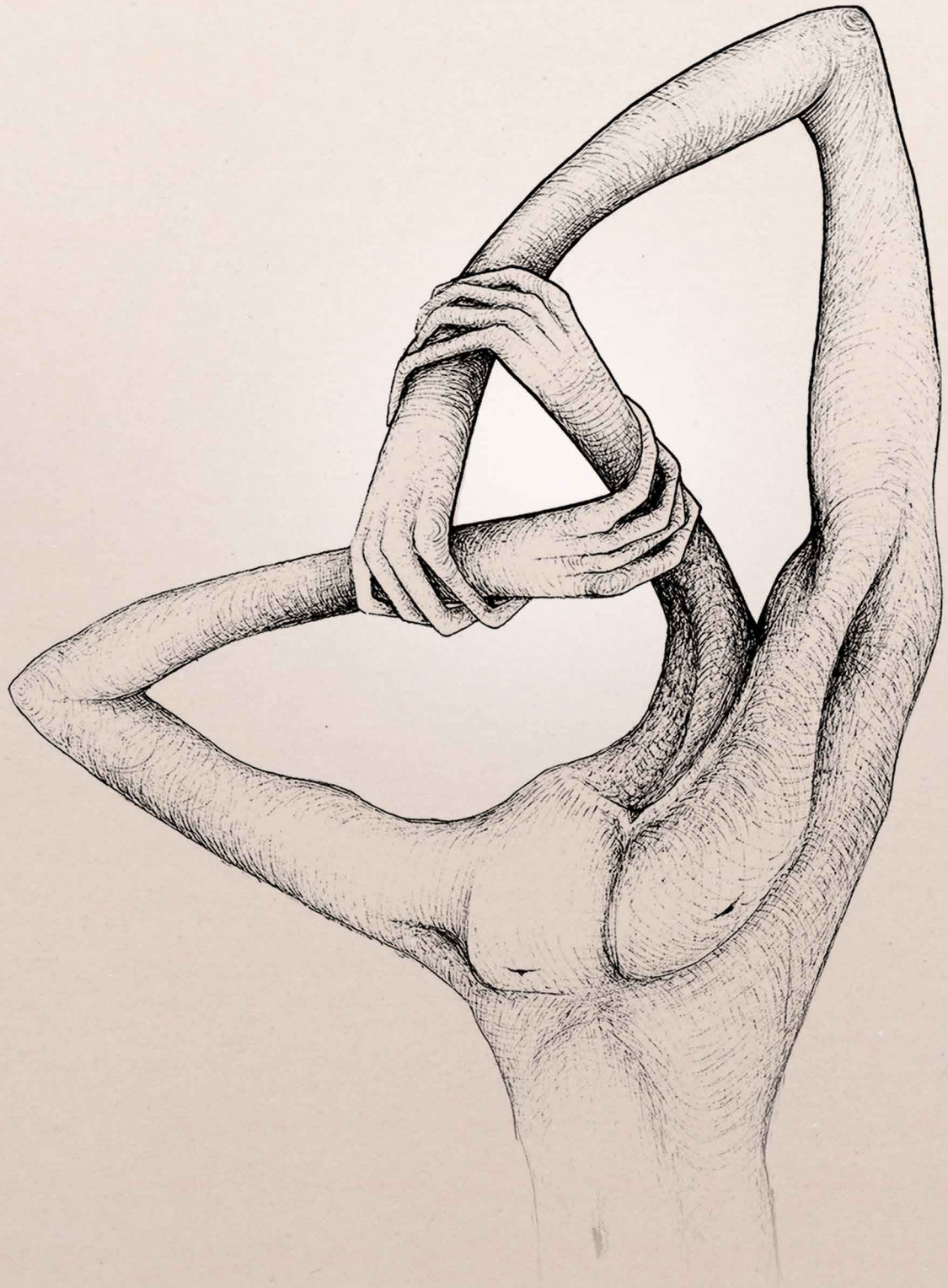
Omloc, en cambio, es todo lo contrario.

Representa la mente racional llevada hasta su extremo. Posee conocimiento, inteligencia y una capacidad extraordinaria para comprender los mecanismos del universo. Sus poderes mentales y telequinéticos son excepcionales. Puede observar, analizar y comprender casi cualquier cosa.

Pero carece de empatía.

Y, paradójicamente, cuanto más comprende, más consciente se vuelve de aquello que no comprende.

Sabe muchísimo, pero siente que le falta algo esencial.



Algo que el conocimiento, por sí solo, no puede darle.

Y así fue como Omloc caminó silenciosamente hacia Ayawa.

Se detuvo frente a él y dijo:

—*La mirada... es un rasgo común a todos los seres vivos. ¿Somos, acaso, el mismo observador?*

Entonces lo comprendió.

Había una forma de resolver el enigma.

Omloc se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia un lugar desconocido.

No sabía exactamente qué buscaba. Solo seguía aquella intuición imposible de explicar, aquel hilo invisible que, por alguna razón, parecía conducir directamente hacia una respuesta.

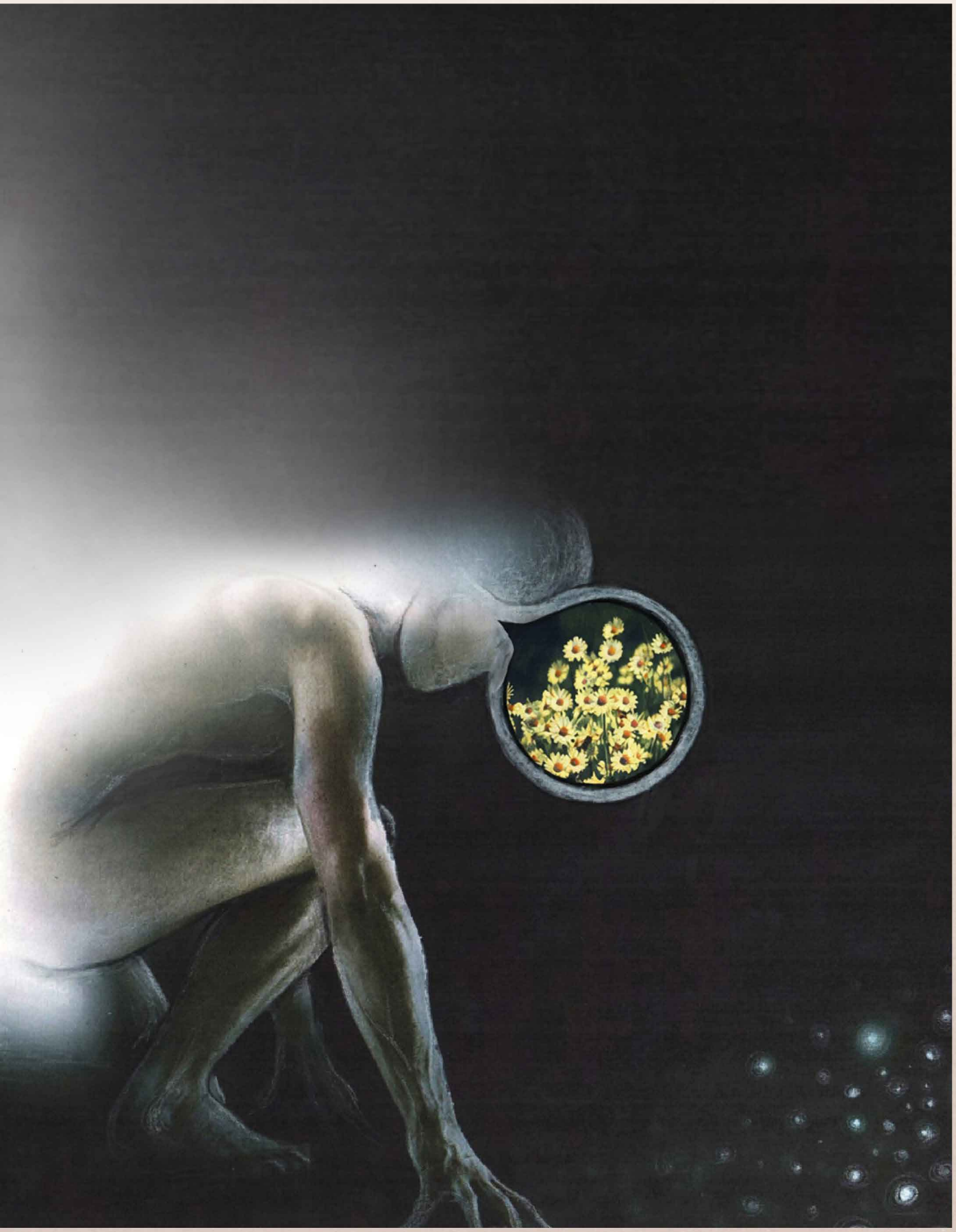
Ayawa lo siguió discretamente.

Hasta que, finalmente, Omloc se detuvo.
Frente a el se levantaba un hospital psiquiátrico.

Omloc permaneció inmóvil ante la entrada.

—*He venido en busca de aquellos cuya mente se ha fracturado.*

Personas que escuchan voces, ven lo que nadie más ve y creen en realidades invisibles para el resto.



—Puedo percibir cada uno de sus pensamientos. Cada emoción. Cada grieta que los consume. Es como si hubiera nacido dentro de sus propias conciencias.

Y, sin embargo...No siento la más mínima empatía.

Mi verdadera misión al venir aquí, es para encontrarme con los Despertares.

A simple vista, son tan inestables, caóticos y vulnerables que el resto. Sin embargo, algunos esconden algo diferente. Algo que hace temblar cada parte de mi cuerpo.

No es una cuestión de sensibilidad. Es algo que trasciende la mente.

A veces, cuando alguien desciende hasta las profundidades del dolor, del caos y de la locura...

Donde toda esperanza debería extinguirse, nace una luz.

Una luz mística.

Una luz capaz de abrir la puerta a experiencias que desafían toda explicación.

Algunos intentan describirla como una unión absoluta con el universo. Otros hablan de una conexión con la conciencia universal de la vida.

Omloc hizo una pausa y cerró los ojos antes de continuar:

—Esa luz... nacida en el corazón mismo de la oscuridad... Es lo que he venido a buscar.



—*Porque yo no necesito más poder.*

Ni conquistar el mundo.

Lo que necesito es sentir la presencia de la divinidad.

Necesito...

conocer mejor a Dios.

Omloc volvió a abrir los ojos y liberó todo el alcance de su poder psíquico.

— Los humanos que no han despertado esa luz interior… no tienen ningún interés para mí.

No busco a la humanidad.

Busco a aquellos que han contemplado la luz nacida en el corazón de las tinieblas.

Todos los demás…

pueden desaparecer.

Horas después, Ayawa llegó hasta el hospital psiquiátrico.

Lo primero que percibió fue el silencio.

Después, el olor a sangre.



Las paredes estaban cubiertas de manchas oscuras. El suelo era un mar carmesí. Había cuerpos destrozados por todas partes, como si una fuerza imposible hubiera desgarrado a cada una de sus víctimas.

Ayawa quedó paralizado.

Sus pupilas temblaban.

Su respiración se quebró.

Y entonces...

Rompió a llorar.

Un grito desgarrador escapó de lo más profundo de su alma.

Fue tan intenso que una inmensa onda psíquica recorrió todo el edificio.

Allí donde la sangre había sido derramada, comenzaron a brotar flores.

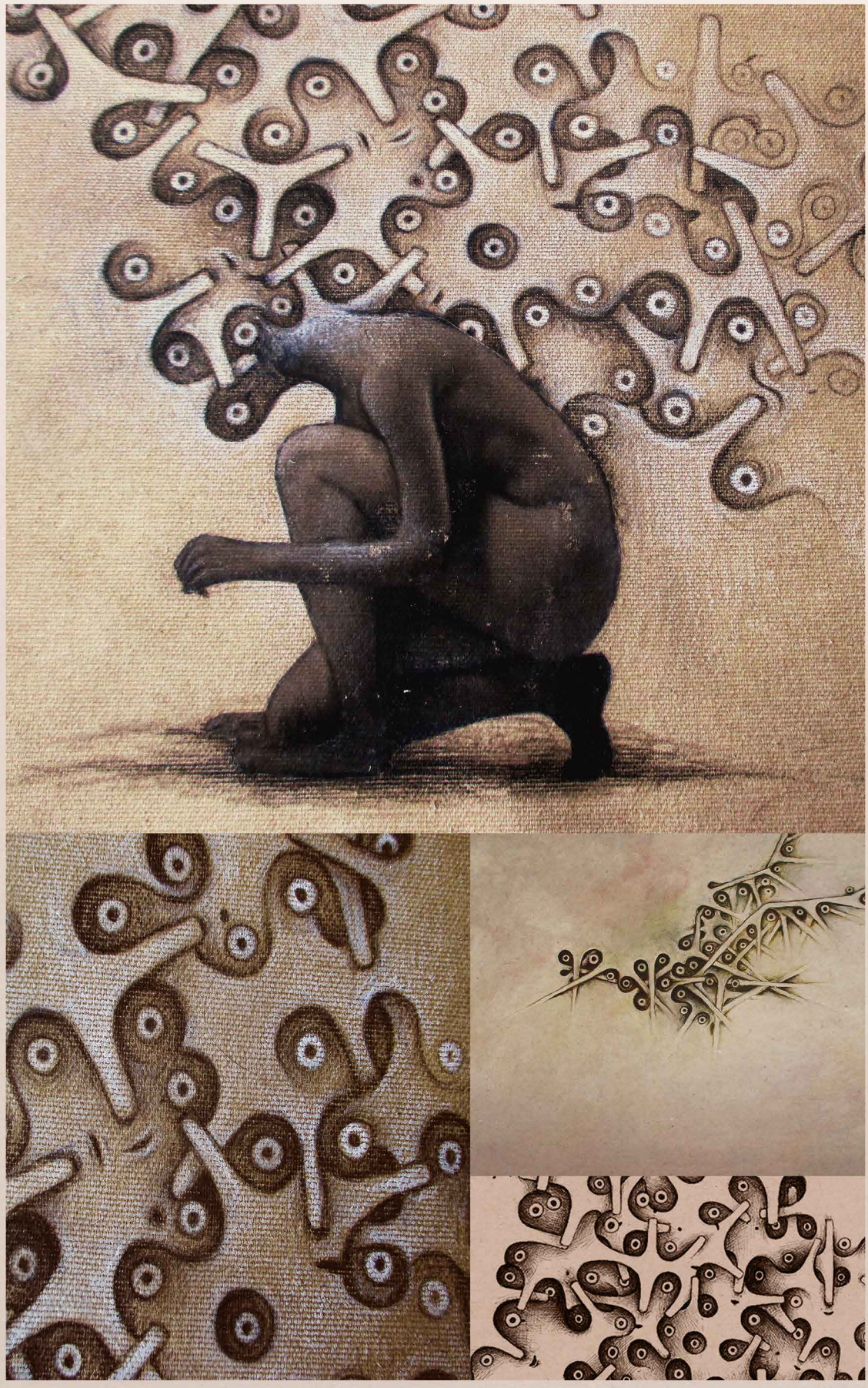
En apenas unos segundos, el escenario de la masacre quedó cubierto por un inmenso manto de flores rojas.

Ayawa, con lágrimas aún resbalando por su rostro, siguió caminando entre aquel silencioso jardín nacido del horror.

Hasta que lo encontró.

Al fondo de un pasillo.

Omloc.



Frente a él, un hombre flotaba varios metros sobre el suelo.

Su cuerpo se retorcía de dolor mientras una fuerza invisible deformaba lentamente sus extremidades.

Ayawa corrió instintivamente para detenerlo.

Pero Omloc habló antes.

—Ayawa… Mira a este hombre. Está enfermo. Su mente se desmorona. Pero también atraviesa un Despertar. Sé que tú no puedes verlo. Sin embargo, en lo más profundo de su existencia... arde una luz sagrada.

Omloc dirigió su atención hacia Ayawa con un movimiento pausado.

—Ven.
Quiero mostrarte.

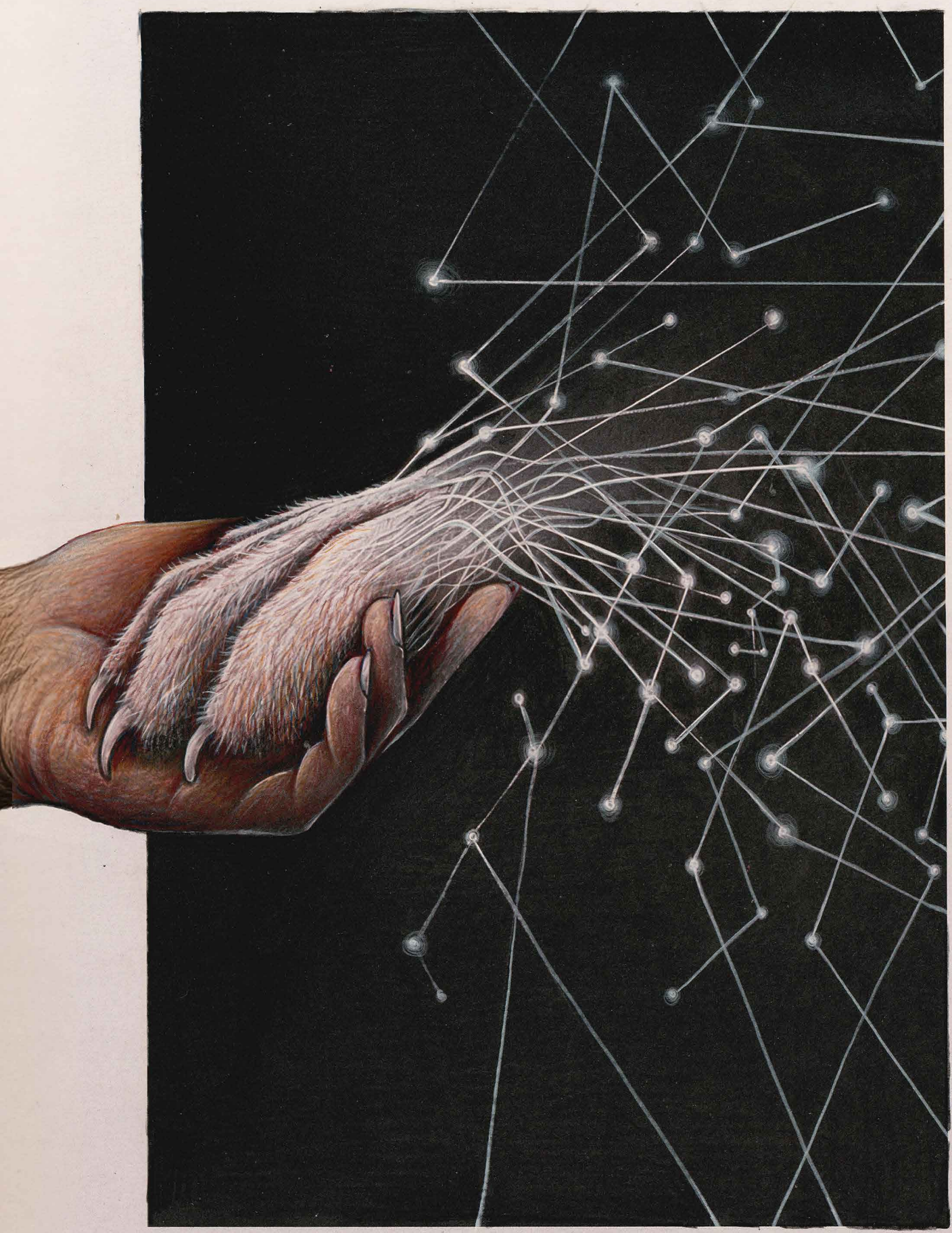
Usaré mis poderes psíquicos para que ambos podamos adentrarnos en el interior de su conciencia. Solo allí comprenderás por qué he venido a este lugar.

El hospital comenzó a desvanecerse.

Las paredes, el suelo, el techo... todo se transformó lentamente en humo.

Poco a poco, aquella niebla también se deshizo, revelando una nueva escena.

Era una habitación.



En el centro, el mismo hombre permanecía sentado frente a una mesa.

Tenía las manos apoyadas sobre la frente.

Decenas de dibujos cubrían el escritorio y se amontonaban por el suelo.

Sin levantar la mirada, comenzó a hablar.

—Me dibujo en cada hoja de papel...

Como si cada dibujo fuera un espejo diferente.
Cada uno refleja una parte de mi personalidad.
Una parte de quien soy.

—Hoja tras hoja...

El lápiz parece moverse solo.
Y con cada trazo siento que algo abandona mi interior.

Es como si cada dibujo me libera de una parte de mi identidad.

Hasta que ya no queda ninguna.

Entonces...

Dejo de reconocerme.

Pierdo la razón.

Una energía cosmica atraviesa mi cuerpo.

Habla con mi voz.



Mueve mis labios.

Pronuncia palabras que jamás aprendí.

Habla de la eternidad.

Del amor.

Del origen de todas las cosas.

Siento que Dios intenta despertar dentro de mí.

Quiere destruir mi ego.

Reducir mi existencia a cero.

Para convertirme en Uno con el universo.

Al principio tengo miedo.

Pero el miedo...

es un límite.

Y el Todo no conoce límites.

Entonces esa presencia comienza a crecer.

Cada vez es más intensa.

Más inmensa.

Más absoluta.



Llega un momento en que dejo de temer a la muerte.

Y, por primera vez...
Me siento completamente libre.

Tan libre...
que deseo más.
Más de esa presencia.
Más de esa inmensidad.

Más...

Y más.

Hasta que el miedo desaparece por completo.

Pero el precio fue insoportable.

Para alcanzar esa libertad tuve que dejar de sentir apego por quienes amaba.

La idea de perderlos dejó de causarme dolor.

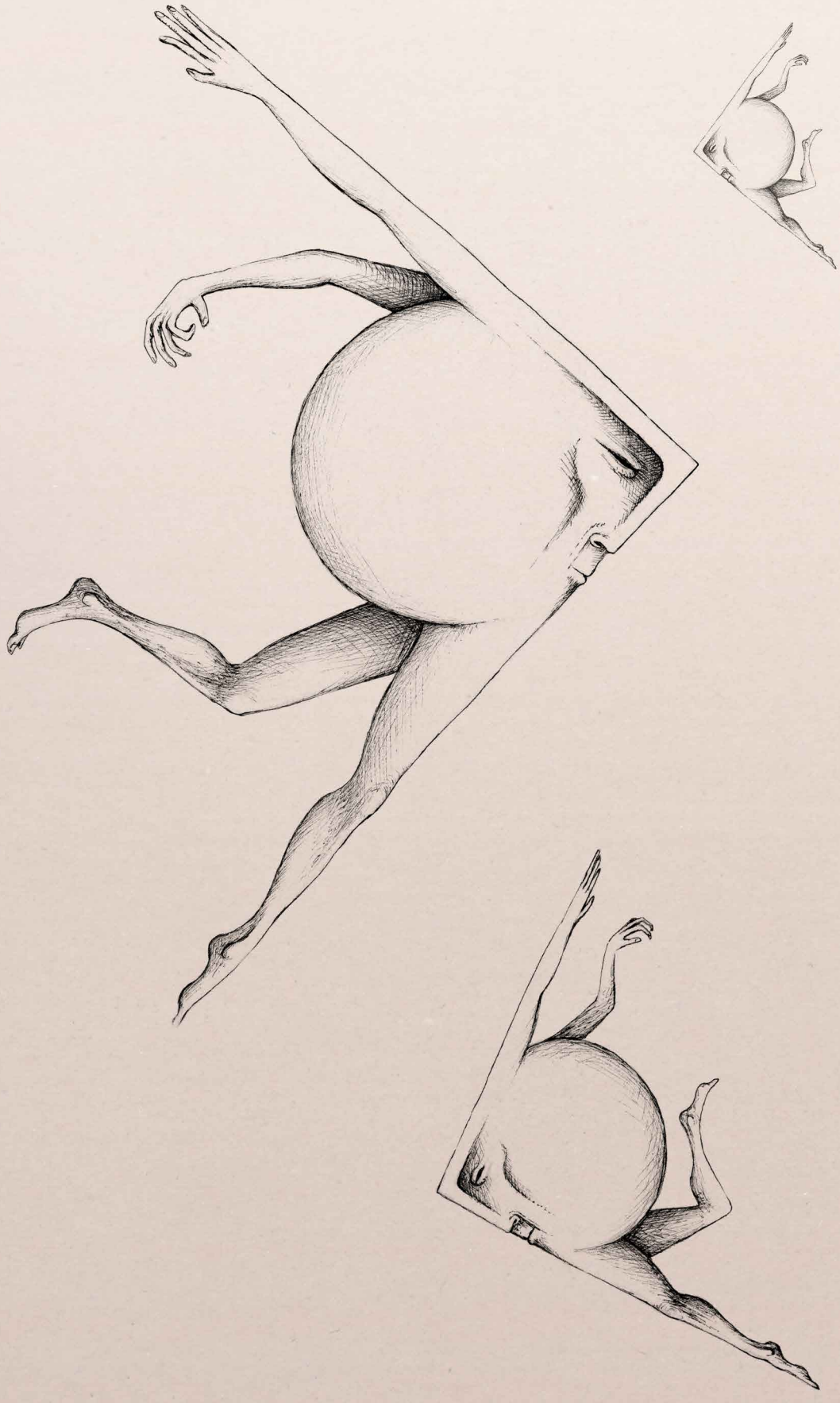
Verlos desaparecer para siempre… ya no significaba nada.

Del mismo modo que tampoco me importaría que el mundo atravesara mi cuerpo con fuego, acero o balas.

Más bien, me hace reír.

Porque me he convertido…

en algo monstruosamente libre.



En un instante, la visión se desvaneció.

Los colores desaparecieron y el hospital volvió a materializarse a su alrededor.

Ayawa y Omloc regresaron a la realidad.

El hombre seguía suspendido en el aire,
inmovilizado por los poderes psíquicos de Omloc.

Durante unos segundos, nadie pronunció una sola palabra.

El hombre abrió lentamente los ojos.

Miró fijamente a Omloc.

Y comenzó a reír.

Primero fue una risa leve.

Luego otra más intensa.

Y otra.

Hasta convertirse en una carcajada salvaje que retumbó por todo el edificio.

Reía sin poder detenerse.

Reía como si acabara de comprender el mayor secreto del universo.

Como si Omloc no fuera más que un niño intentando atrapar el infinito con las manos.



Aquella risa...
Era algo tan absurdo y patético para Omloc.

Que sintió frustración.

Su mirada se endureció.

Sin pronunciar una palabra, cerró lentamente la mano.

El cuerpo del hombre se comprimió de forma imposible.

Los huesos crujieron.

La carne se plegó sobre sí misma.

Y, un instante después...

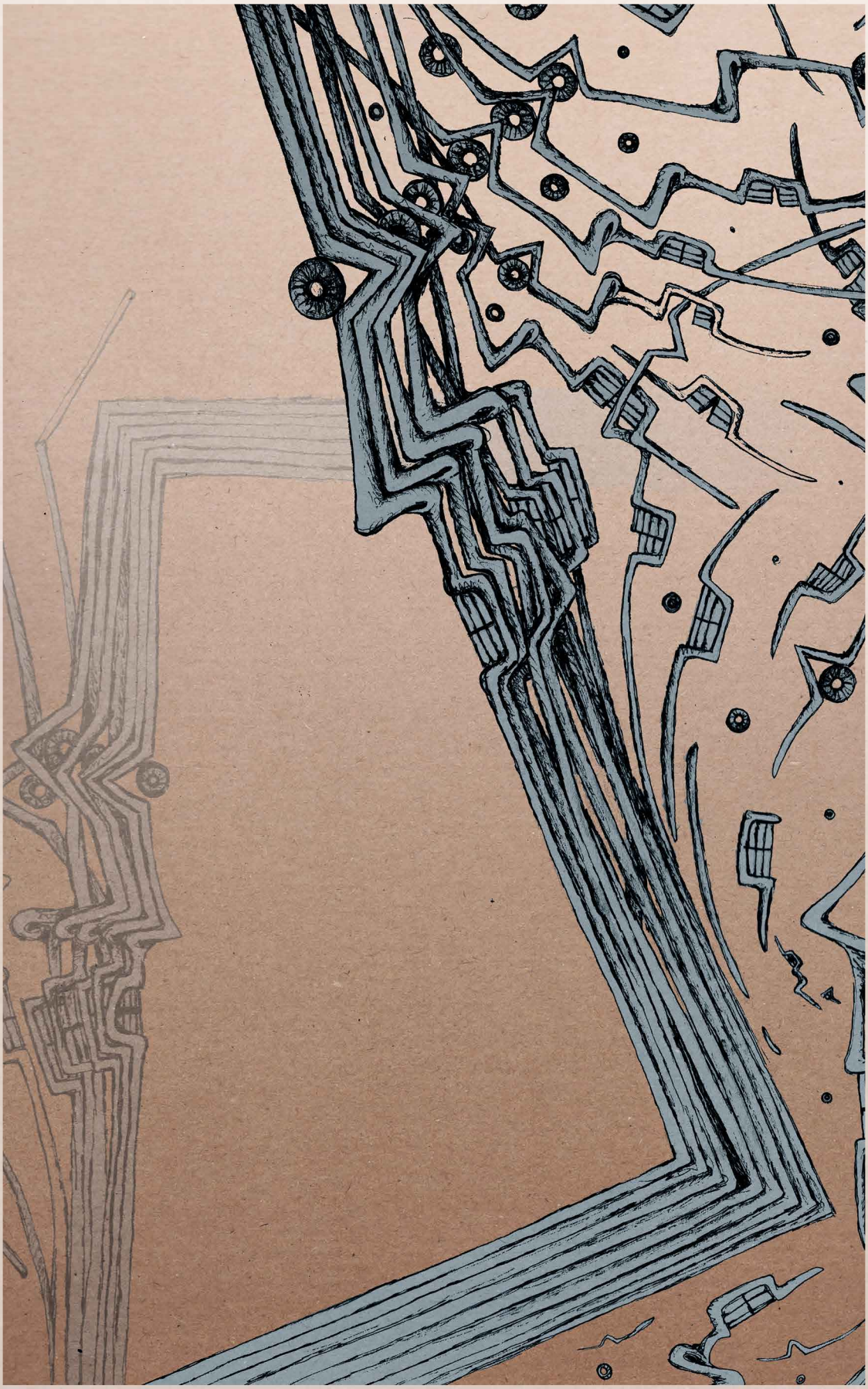
Estalló en miles de fragmentos.

La sangre cayó sobre las flores que Ayawa había hecho brotar minutos antes.

Ayawa permaneció inmóvil con lágrimas en los ojos.

Mientras el eco de aquella risa...

Parecía seguir resonando entre los pasillos del hospital, incluso después de que el hombre hubiera dejado de existir.



Omloc dejó escapar un largo suspiro.

Sin apartar la vista del lugar donde el hombre había muerto, habló con serenidad.

—La mente funciona como un ordenador. Y, en ocasiones, cuando ciertos mecanismos del cerebro dejan de funcionar como deberían, aparece un error.

Un fallo en el sistema.

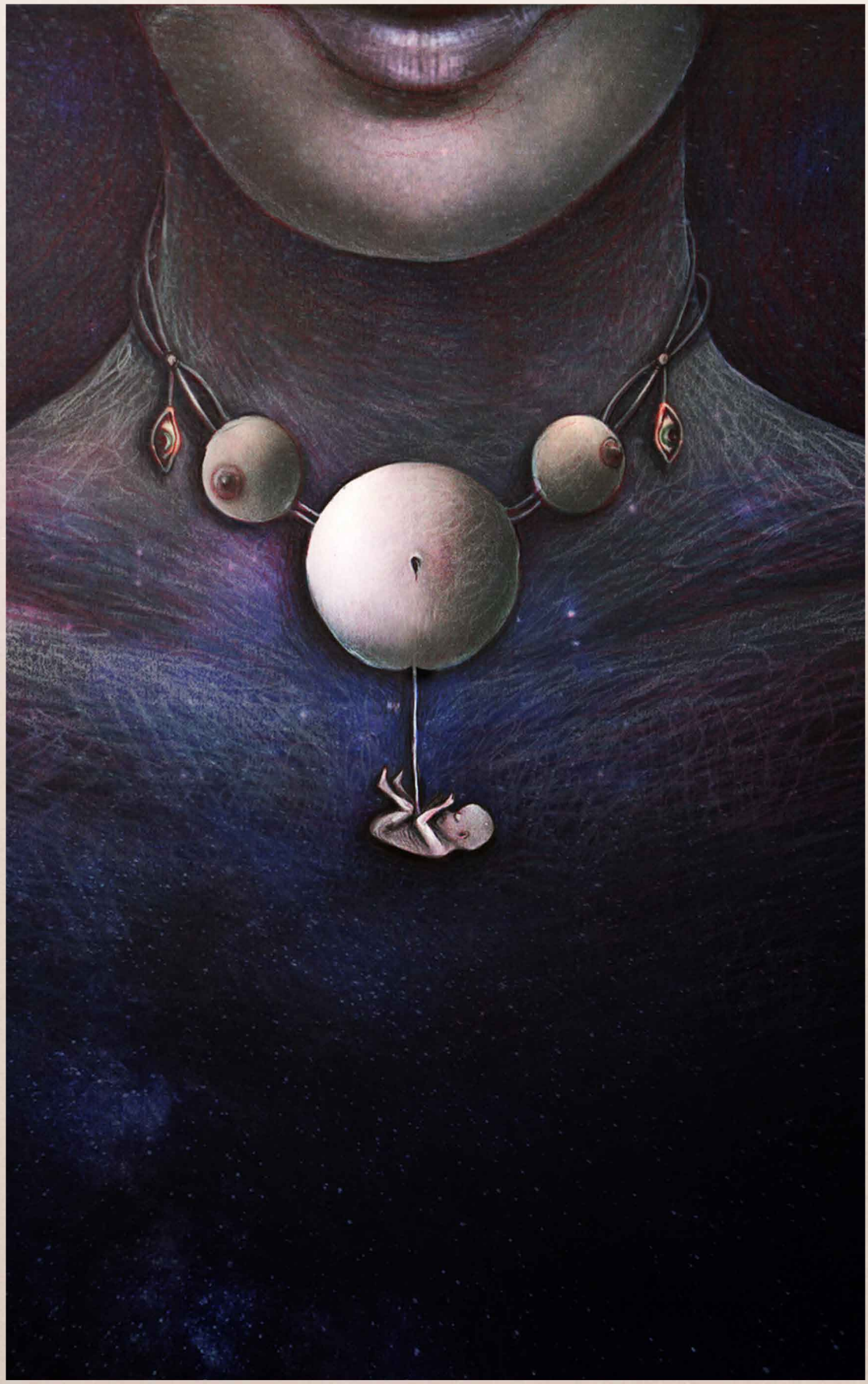
Esta fisura abre una nueva percepción de la realidad.

Algunas personas comienzan entonces a experimentar una profunda sensación de unidad con el universo.

O creen sentir a Dios habitando en su interior.

La ciencia lo llama trastorno.

Ellos lo llaman despertar.



En ese momento...
Una pequeña figura apareció al final del pasillo.

Era una niña.

Asomaba únicamente la cabeza desde la puerta de una habitación.

Permanecía completamente inmóvil.
Tan rígida como el tronco de un árbol.

Su piel era tan pálida como la nieve.

Su rostro no expresaba absolutamente nada.

Ayawa sintió un escalofrío.

A simple vista parecía vacía.

Y, sin embargo...
Un océano de emociones reposaba en su interior.

Como si bajo aquella inmovilidad habitara un universo entero.

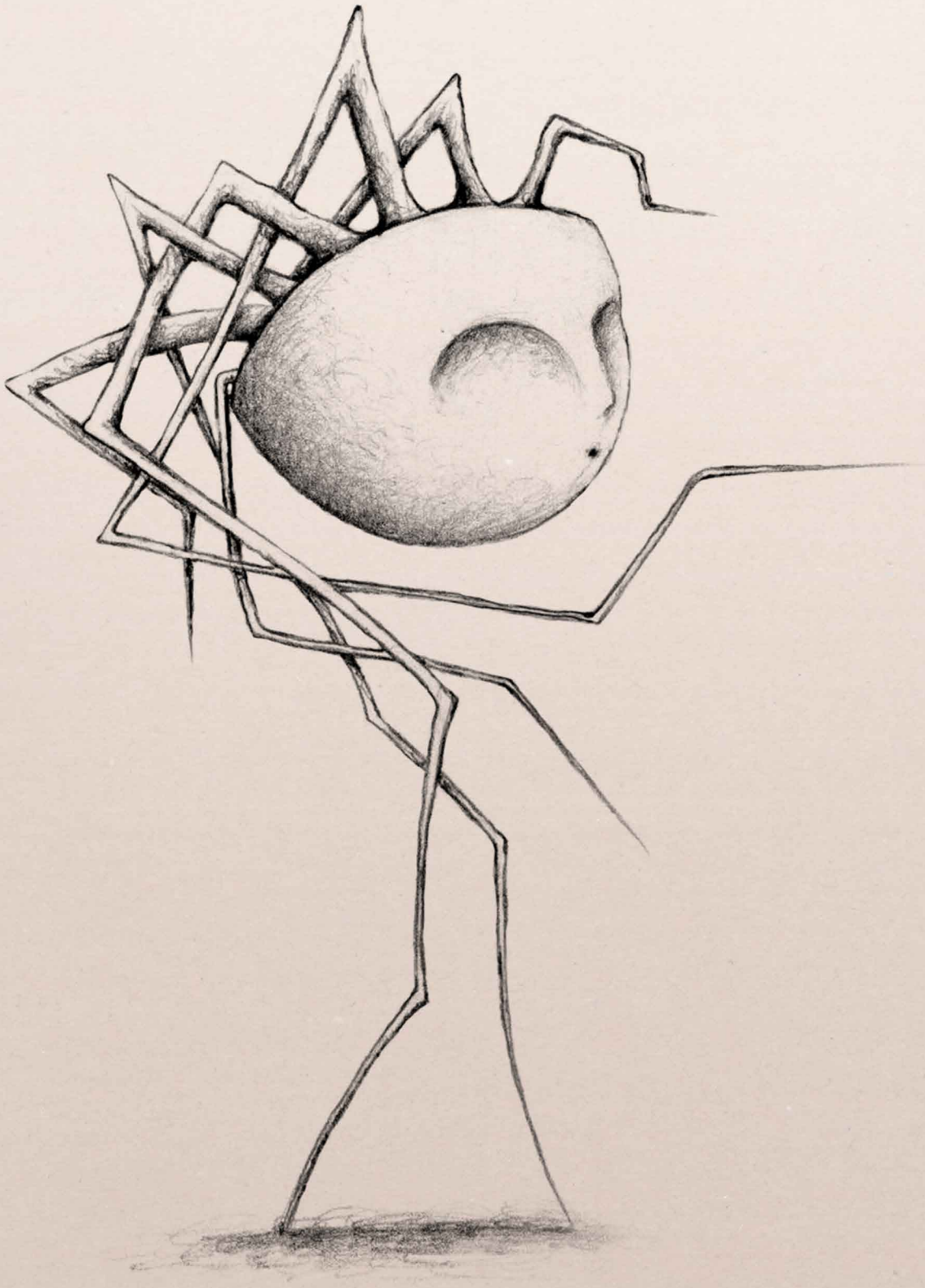
Omloc la observo en silencio.

A diferencia de Ayawa, él veía algo más.

Una luz.

Una presencia luminosa que envolvía lentamente a la niña.

Era otro Despertar.



La niña comenzó a caminar hacia ellos.

Sus pasos eran lentos.

Su mirada parecía perdida.

Como si su mente habitara un lugar infinitamente más lejano que aquel hospital.

Omloc cerró los ojos.

Su conciencia atravesó la mente de la niña.

Y escuchó su voz.

No era un sonido.

Era un pensamiento.

—Pude haber sido un ser de luz...

Pero consumí esa luz para arder por completo.

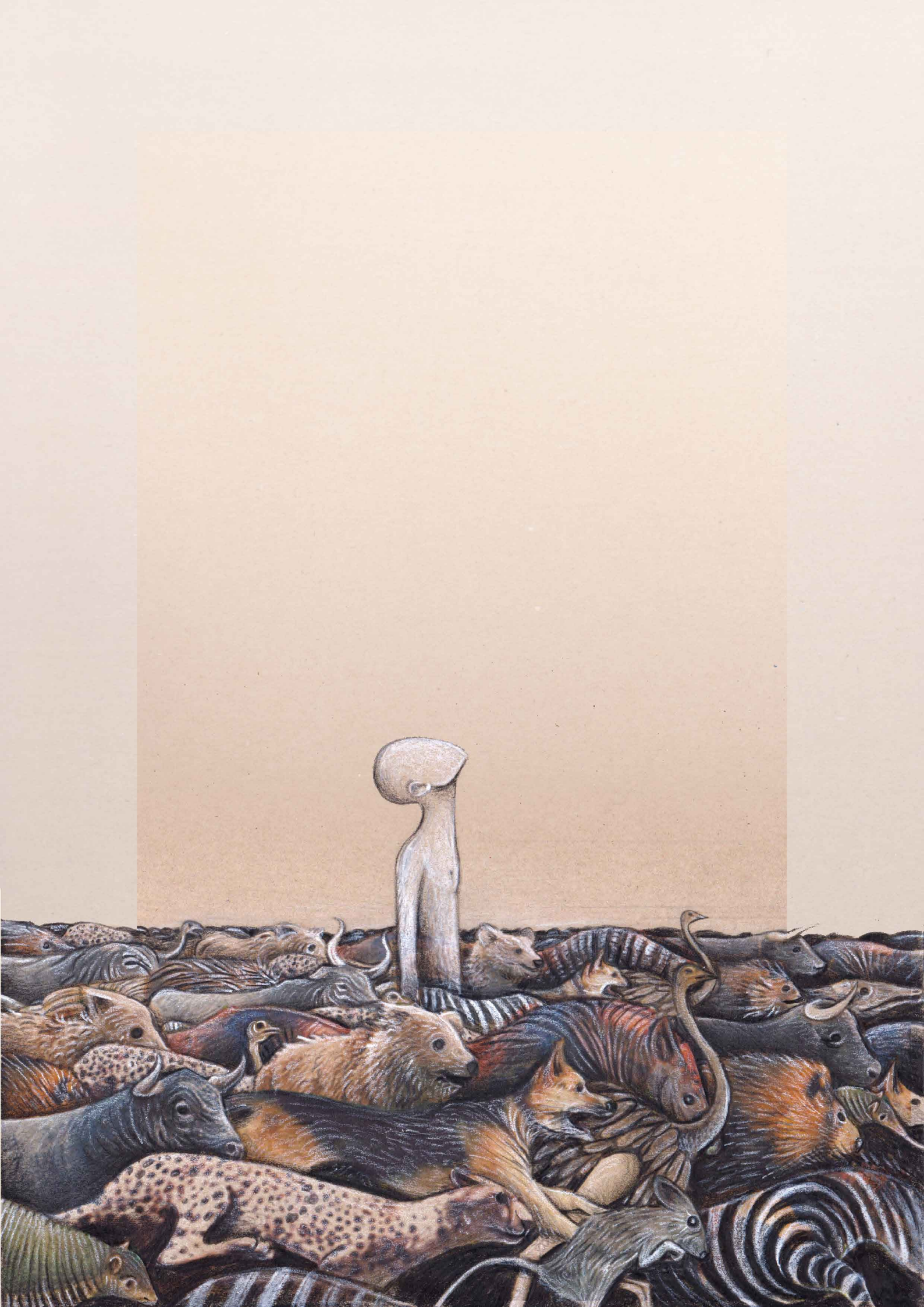
¿En que me converti?

Cuando despiertas...
Sientes como si Dios despertara dentro de ti.

Como si algo escapara de la programación con la que nacimos.

Como si el universo detectara un error.

un fallo en el sistema.



Entonces...

Sientes que Dios fija su mirada sobre ti.

y empiezo a sentirlo en mi interior..

Pero..

Dios no es bueno ni malo.

Ni está pendiente de los humanos.

Acaso nosotros..
¿Llamamos su atención?

¿Que somos?

¿Bufones de Dios?

Así es nuestra tribu.

Omloc respondió sin mover los labios.

Su voz resonó directamente en la mente de la niña.

—El sentimiento de Dios es universal.

Pero, en el momento en que la mente intenta comprenderlo... Nacen millones de interpretaciones.

Filosofías, religiones, teorías, ...

Todas intentan describir aquello que, por naturaleza, trasciende cualquier palabra.



La niña negó con la cabeza.
Entonces respondió.

—La vida es un miraje ilusorio y *ahora que se quien soy realmente, ¿Por qué iba a volver a llamárme María?*

Hizo una pausa.

—El sentimiento de sentirme diferente y unica desaparece, para convertirme en praticamente...

Todo.

Sus ojos, vacíos, se clavaron en los de Omloc.

—Dime...

¿En qué te diferencias tú... De todos los humanos que destruiste?

¿Acaso sigues buscando esa luz...

Porque incluso tú temes ser otra sombra irrelevante?

El rostro perfecto de Omloc se quebró.

Y una inmensa presión psíquica sacudió todo el hospital.

Las paredes comenzaron a resquebrajarse.

Los cristales vibraron.

Las luces parpadearon violentamente.

El aire se volvió insoportablemente pesado.



En ese mismo instante...

Ayawa desapareció.

Y reapareció frente a la niña.

Abrió los brazos.

Cubriéndola con su pequeño cuerpo.

No pronunció una sola palabra.

Simplemente la protegió.

Omloc levantó lentamente la mano.

Durante un instante...

Pareció dispuesto a borrarla de la existencia.

Pero se detuvo.

Cerró los ojos.

Respiró una sola vez.

La presión desapareció.

El hospital volvió a quedar en silencio.

Tras unos segundos, Omloc habló.

—¿Por qué...?

Miró fijamente a la niña.



—¿Por qué los humanos más frágiles...

Los más rotos...

Los más miserables...

Son precisamente quienes alcanzan esa luz?

Bajó lentamente la mirada.

—Nacen débiles.

Viven con miedo.

Enferman.

Y, aun así...

Algunos logran tocar algo...

Que permanece fuera de mi alcance.

Apretó lentamente el puño.

—Durante toda mi existencia creí que la fragilidad humana era un defecto que debía desaparecer.

Hizo una pausa.

—Pero quizá esa fragilidad...

No sea una imperfección.

Quizá sea la grieta por la que entra la luz.



Guardó silencio.

Y, por primera vez desde su nacimiento...

Sintió algo que jamás habría admitido.

Envidia.

—Qué irónico...

Yo, uno de los seres más brillantes del planeta.

Envidio aquello que los humanos más patéticos pueden llegar a experimentar.

Finalmente...

Omloc dio media vuelta.

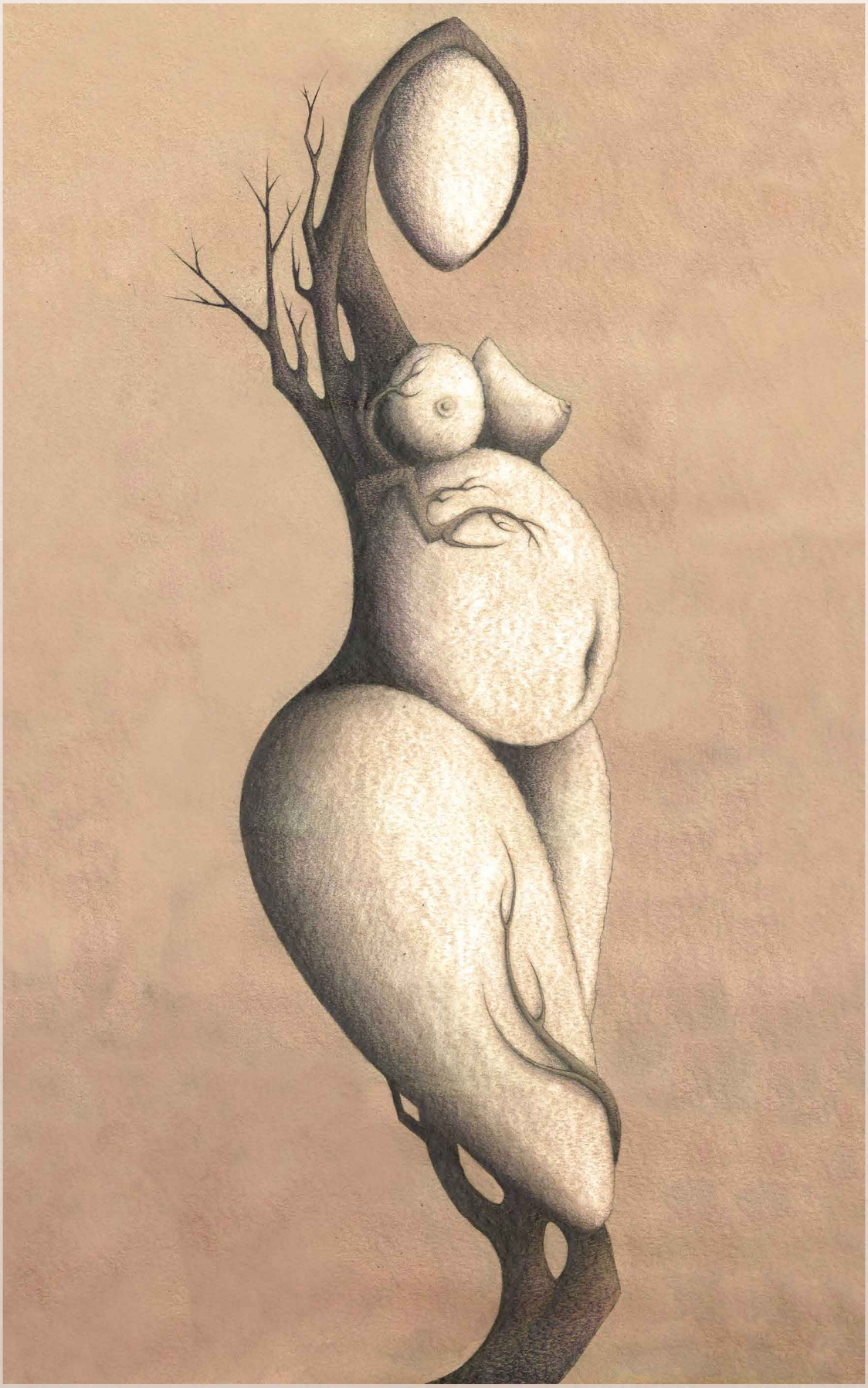
Y se marchó.
Sin mirar atrás.

Mientras Ayawa permanecía junto a la niña, observando cómo la figura más poderosa del planeta se alejaba...

Ayawa permaneció junto a la niña.

Ayawa no podía percibir el inmenso universo que una vez había habitado en su interior. Al igual que el resto del mundo...

Solo veía una niña que había atravesado un profundo episodio de sufrimiento y necesitaba ayuda.



Ayawa apoyó suavemente su mano sobre su cabeza.

Una cálida luz brotó de sus pequeños dedos.

Sus poderes psíquicos comenzaron a sanar las heridas invisibles de su mente.

Poco a poco, los pensamientos caóticos fueron apagándose.

La tormenta cesó.

Y María volvió a encontrar la calma.

Sin embargo, Ayawa comprendía algo que nadie más podía entender.

Sabía que, si algún día la abandonaba, aquella oscuridad podría regresar.

Por eso decidió no separarse nunca más de ella.

Durante los primeros meses, María añoraba aquello que había experimentado durante su brote.

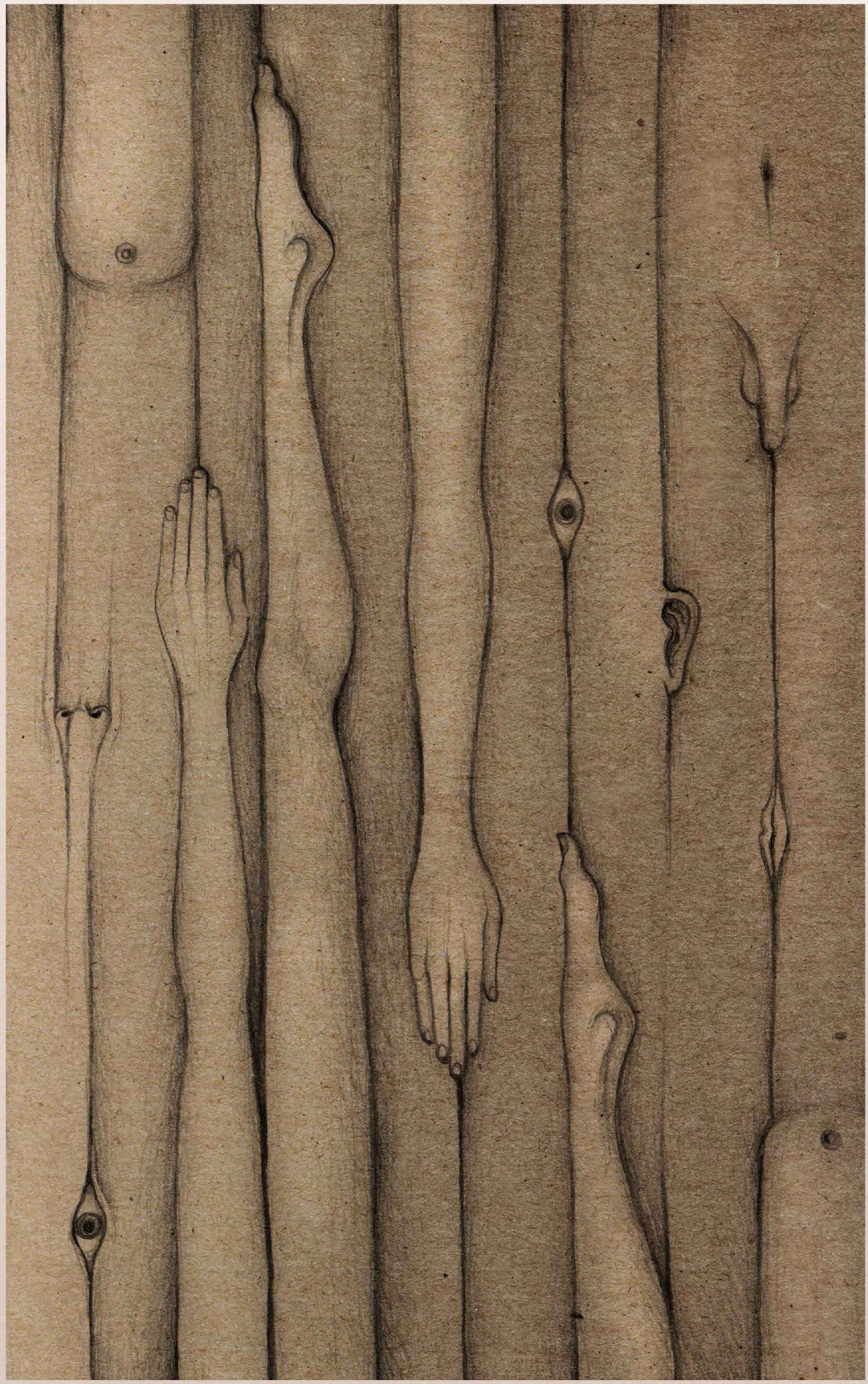
Aquella sensación de unidad absoluta.

Aquella libertad inmensa.

Aquella presencia que creía haber sentido.

Intentó aferrarse una y otra vez a esos recuerdos.

Pero el tiempo siguió avanzando.



Los recuerdos comenzaron a desdibujarse.

Hasta convertirse en fragmentos confusos, casi como un sueño del que solo permanecen algunas imágenes al despertar.

María volvió a ser una niña.

Creció.

Aprendió.

Y, pese a su corta edad, se convirtió en una persona extraordinariamente sabia.

No porque conservara todas las respuestas.

Sino porque la verdadera espiritualidad nace, precisamente, de la extrema locura.

Y en cuanto a Ayawa, nunca volvió a apartarse de su lado.

Estaba allí para cuidarla.

Para impedir que volviera a perderse en aquella oscuridad.

Y, si algún día Omloc regresaba...

Para protegerla de él.

Con el paso de los años, entre ambos nació una amistad tan profunda que ya no necesitaba palabras.



María llegó a creer que todo lo ocurrido en el hospital había sido únicamente un delirio provocado por su enfermedad.

Que Omloc jamás había existido.

Pero, algunas noches, al mirar a Ayawa dormir...

Una extraña sensación recorría su corazón.

Como si, en algún rincón olvidado de su memoria...

Aún brillara una pequeña luz que se negaba a apagarse.

Fin.



Acerca del autor



Adrián Delsilencio es un pensador visual que ha elaborado sus obras en solitario y al margen de la influencia del entorno artístico.

Desconectado del exterior, ha creado su propio universo, que define como una turbulenta búsqueda del sentido de la vida, la existencia, el porqué y el yo.

Esto se ha traducido en miles de dibujos que no son más que reflexiones sobre el ser humano enfrentado a sí mismo y su lugar en un mundo deshumanizado.

El ser humano aparece representado en cada obra completamente desnudo, como si debiera abandonar este mundo para enfrentarse a la muerte y a la autenticidad de las cosas.

La ausencia de ropa simboliza también la falta de inteligencia cartesiana. Y, a través de esta ausencia de lógica, se percibe en cada dibujo una microdosis de verdad, fuera de la realidad engañosa en la que vivimos.